

Dialectivo

Imaginate que estás viajando en un colectivo y de repente el tipo que está en el asiento justo atrás del tuyo empieza a murmurar algo que no comprendés. Te das vuelta porque sospechas que te habla a vos. Incluso le ponés cara como de “disculpe: ¿es a mí?”. Lo mirás como buscando en tus recuerdos, pero no; no lo conocés y él tampoco parece conocerte. De hecho ni siquiera se da por enterado de que lo estás mirando; sigue hablando como si vos no estuvieses ahí. Pensás que puede estar dialogando con el que está sentado a su lado. Sin embargo el tono que usa no es el de una conversación privada: de a poco ha ido subiendo el volumen y la cabeza nunca dejó de apuntar hacia adelante. No lo sabés por verlo (hace rato que no te das vuelta, no vaya a ser que él piense que vos...), lo sabés, digo, sabés que está hablando hacia el frente, por como el sonido de su voz llega a tu nuca. Además el otro aún no intervino en ninguna de sus frases. Nada, ni siquiera un movimiento de cabeza o un gesto. Y ahora ocurre algo que lo confirma: ese hombre, el que aún no ha hablado, se ha puesto de pie y vos lo seguís con la mirada hasta la puerta. Ves cómo se abre paso con prisa pero en silencio; ves cómo su dedo gordo y gris, se dobla al apretar el botón rojo del timbre. Ves como se queda allí, parado, hasta que el colectivo se detiene y las puertas se abren, y sus zapatos negros, con los tacos gastados en chanfle, se arrastran entre los peldaños hasta que pisan la calle, suben al cordón y se desdibujan detrás del vidrio sucio de la puerta del colectivo.

Mientras todo esto ocurría, fuiste sintiendo los quejidos en el tumulto, que ahora vez que son la reacción natural ante los bastonazos certeros de una viejita, que se abre paso sin pena, hasta el asiento que acaba de quedar vacío. Suponés que al menos por

respeto a las canas, pero no; porque el hombre sigue con su declamación (y cada vez más fuerte) y aún no te es posible interpretar lo que dice. Tampoco parece ser posible que esté conversando con alguno de los que hay parados, o con los que están en otro asiento; desde que empezó a hablar nadie lo ha interrumpido. Pero lo que más te sorprende no es eso, sino que ninguno se da cuenta. Es más: todos siguen haciendo lo que venían haciendo como si nada estuviese fuera de lugar; como si fuera completamente natural que un extranjero se ponga a hablar solo y a los gritos en un transporte público. El que leía el diario sigue leyendo el diario. El que miraba por la ventanilla sigue mirando. El que no estaba haciendo nada, sigue sin hacer nada. Así por un buen rato (el viaje es largo). El chofer conduce y vos seguís escuchando el desborde interminable de éste tipo, que cada vez lo hace en un volumen más alto (y ahora te das cuenta que también sin pausas, como si no necesitase respirar).

De pronto la viejita dice su primera palabra. No entendés lo que dice y sabés que no se lo dice a él (los sabés por como el sonido de su voz...). Es decir, podría estar dialogando con él si no fuera porque: uno, no le habla a la cara; y, dos, él no paró de hablar en ningún momento. Una forma de expresión que en nada se parece a un diálogo, aunque vos no conocés las costumbres raras de esta gente. Él habla, ella habla y lo hacen cada vez más alto. Porque hace un rato vos lo creías, pero ahora te das cuenta que realmente lo están haciendo como si compitiesen por ganar el espacio sonoro del resto del colectivo. No podés evitar darte vuelta. Tal vez quieras pedirles que bajen el volumen, pero el hombre que está sentado a tu lado y que hasta éste momento lo único que hacía era mirar por la ventanilla, ahora te mira a vos, fijo, por encima de sus anteojos rojos y gordos. Entonces no te queda más que volver la vista al frente, avergonzado. Más bien, indignado: porque el griterío de un par de

extranjeros locos, a éste señor no parece alterarlo, pero el hecho de que vos te des vuelta un segundo, a pedirles que al menos bajen un poquito la voz...

Pasaron más de diez minutos y aunque vos no volviste a mirarlo, sabés que sus anteojos siguen ahí, impresos en tu oreja. Entonces te dice algo. Te lo dice en un idioma que no conocés, que ni siquiera sabés si es el mismo que usan los dos de atrás (como si tuviese otro acento). Te lo dice a vos aunque no le importa si lo mirás cuando te habla; porque su expresión continúa cuando tu cabeza gira hacia él para explicarle que no logras comprenderlo. Sus pupilas están como desenchufadas. Su voz es llana, monocorde.

El gordo del primer asiento acaba de darse vuelta, y aún con el sándwich en la boca, murmura algo hacia atrás. Por un momento crees que pedirá silencio, pero no. Porque su balbuceo sigue y un pedazo del sándwich sale expulsado de su boca y se pega en la solapa del saco azul del señor que tiene al lado. Y ahora es la chica que está justo atrás del señor del saco, una mujer muy bonita en quien vos aún no te habías detenido; pero habla con una voz demasiado áspera, como para salir de ese cuerpo frágil, y lo hace también en un idioma lejano que no se por qué creés latín o arameo. Luego la madre del niño, de pantalones cortos a cuadritos, y el hijo también, con su voz aguda, y todos al mismo tiempo y enfocando a un mismo punto que (ahora estás seguro) sos, pero a la vez no sos vos. Y la única forma de escaparte es bajando, urgente, aunque no sepas donde estás. Bajar y correr, lejos.

Sin pedir permiso, intentás llegar hasta la puerta. No decís nada porque sabés que no van a entenderte, y un poco, porque temés que a tus oídos les lleguen incomprensibles tus propias palabras. Al fin, y con el colectivo aún en movimiento, conseguís arrojarte al asfalto.

Ahora estás viendo como el colectivo se aleja. Ya es sólo un punto luminoso transportando decenas de extraños que siguen y aumentan el parloteo. Todos se han ido sumado, incluso el chofer y el vendedor ambulante que acaba de subir ofreciendo adminículos ideales para la dama o el caballero.